

¿Esperanza u optimismo?

¿Es la esperanza un sinónimo de optimismo? ¿Es lo mismo ser optimista que tener esperanza? ¿Puede ser el optimismo la versión laica de la esperanza?

Así lo parece muchas veces en nuestras conversaciones del día a día: cuando alguna persona expresa que tiene la esperanza de que las cosas vayan a mejor, normalmente recibe como comentario un «ya me gustaría a mí ser tan optimista». El hecho de que finalmente las cosas acaben bien suele convertir estas dos palabras en sinónimos y lleva a que se utilicen indistintamente.

Esta sensación de la vida cotidiana contrasta con los datos objetivos sobre el uso del lenguaje: en la mayoría de lenguas europeas, la frecuencia de uso de la palabra esperanza supera en mucho a la de optimismo, incluso en los datos de las búsquedas en Google, donde los resultados para optimismo son casi de 30 millones y de 520 millones para esperanza. En conclusión, es la esperanza lo que realmente preocupa. No sin razón, ya dijo Kant que una de las tres preguntas que brotan espontáneamente en toda persona es «¿qué puedo esperar?».

Aferrados al optimismo...

La actual psicología positiva sostiene que el pensamiento positivo está programado en nuestro equipaje genético y forma parte del instinto humano de conservación. Además, son numerosos los genes que influyen en la persona, que pueden favorecer la predisposición a tener pensamientos positivos o negativos, y, en definitiva, que pueden afectar las capacidades de experimentar recompensa, esperanza, empatía o confianza. En concreto, son aquellos asociados con la serotonina (el SLC6A4), con

la dopamina (el DRD4) y con el receptor de oxitocina (el SNP rs53576). Incluso la resiliencia tiene una base genética, pues el BDNF capacita para adaptarse a adversidades y favorecer actitudes optimistas frente a estas.

Dicen que hasta el 40 % del bienestar subjetivo y la satisfacción con la vida proviene de esta base genética. Por lo tanto, algunos individuos –sencillamente porque la naturaleza los ha dotado mejor– son más propensos a ver las situaciones y afrontarlas bajo un aspecto más favorable. Ahora bien, aunque los genes desempeñen un papel relevante, el grado de influencia sobre la persona queda regulado también por factores como un entorno, la familia, la educación, el apoyo social y el estilo de vida, de aquí que muchos artículos y libros de autoayuda describan las estrategias para aumentar una visión positiva ante la vida.

Evitar el estrés y la ansiedad, descansar, dormir las horas necesarias, mantener una alimentación saludable o practicar alguna actividad física resulta imprescindible; meditar, cultivar una actitud agradecida hacia los otros y la vida, rodearse de personas positivas, practicar algún *hobby*, prestar atención a todo aquello bueno que sale a nuestro encuentro a lo largo del día serían otros factores esenciales. Todos estos serían los componentes básicos y constitutivos del optimismo, puesto que permiten una predisposición positiva, extensa, general hacia la vida, pero que empieza y acaba en la propia persona.

...pero el optimismo no es suficiente

Sin embargo, a pesar de suponer una mirada favorable, el optimismo no basta para satisfacer al ser humano. El vocabulario de las conversaciones cotidianas ya nos daba una pista: todo el mundo espera y busca cómo esperar. «En el corazón de toda persona anida la esperanza», como recuerda el papa Francisco en la reciente bula de proclamación del año jubilar. No sabemos qué nos deparará el mañana, pero deseamos y esperamos el bien. Además, esta esperanza está tan arraigada que nos resistimos a perderla incluso cuando acontecen sucesos penosos que parece que nos fueren a ello (cf. *Spes non confundit*, 1).

Esta necesidad humana de esperar, junto con la de encontrarle un sentido a la propia existencia y la de amar dinamizan el espíritu de toda persona y constituyen la base antropológica de las llamadas «virtudes teologales». Son tres «impulsos» de una misma sed interna a la que cada persona da respuesta con formulaciones culturales, religiosas y personales diversas. Los cristianos los llamamos esperanza, fe y caridad, cuando, dinamizados por la gracia, unen la persona más íntimamente con Dios y configuran su manera de estar en el mundo.

Y es aquí donde ya vemos un rasgo fundamental que diferencia la esperanza del optimismo: la esperanza es siempre relación, esperamos algo, esperamos a Alguien. La esperanza pone en relación nuestra vida, remite más allá de nosotros mismos. Y para los seguidores de Jesús este algo y este Alguien están bien definidos.

Los cristianos esperamos a Dios y a Cristo (cf. Jn 14,1-12)

En medio de la oscuridad de este mundo, confiamos en Dios. Jesús así lo vivió y quienes lo acompañaron durante su etapa en la tierra son testigos de ello. Enseñó a esperar a Dios en la cotidianidad «incluso los cabellos, os tiene contados. Por lo tanto, no tengáis miedo» (Mt 10,30-31); a esperar para afrontar el futuro: «el Defensor, el Espíritu Santo que el Padre enviará en nombre mío, os hará recordar todo lo que yo os he dicho, y os lo hará entender» (Jn 14,26); a esperar ante el sufrimiento «que vuestros corazones se serenen. Creéis en Dios, creéis también en mí» (Jn 14,1). A esperar incluso en el grito de la cruz, porque quien se queja lo hace a aquel en quien confía.

Si dirigimos una mirada al pasado personal, también nosotros tenemos experiencia de este Dios que sostiene. Si miramos a nuestro alrededor, vemos el testimonio de personas movidas por este amor y, si hemos mirado la historia, esta nos presenta una multitud de mártires, santos y santas, anónimos o no, antiguos o contemporáneos, testigos de un amor que los llevó a gastar la propia vida por el Reino, confiando en el Padre.

Fijémonos en san Ignacio: en la Autobiografía hay dos expresiones que describen magníficamente en qué consiste esperar. La primera es la siguiente: «Esta confianza y esperanza la quería tener en solo Dios. Y esto lo sentía en su corazón del mismo modo que lo decía» [Au 35], la esperanza que vivimos en el corazón se expresa en el estilo de vida que llevamos. Y más adelante, señala: «y entraron en la nave pelegrina en la cual tampoco puso más para su mantenimiento que la esperanza que llevaba en Dios, como había hecho en la otra» [Au 44]. Vivir confiadamente fortalece la esperanza.

En el libro de los Ejercicios, Ignacio no describe la palabra esperanza, solo la utiliza al hablar de la consolación, que comporta un aumento de la esperanza [EE 316] y de la desolación, en la que esperanza desaparece [317]. Sin embargo, el proceso espiritual de los Ejercicios empieza precisamente con la esperanza en la acción de Dios, advirtiendo a quien da los ejercicios que lo que más conviene y es mejor es que el mismo Creador y Señor se comunique con su alma fiel, abrazándola en su amor y alabanza, disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle [EE 15]. Y finaliza cuando la persona ya es capaz de sentirse a sí misma y contemplar la realidad como don de Dios, consolidándose así el amor a este Dios que la llena; la hace vivir, sentir y entender; trabaja por ella en todas las cosas creadas y del que recibe todos sus dones [EE 234-237]. Quien vive en ese amor de Dios, ¿acaso no espera?

San Ignacio no quiso basar solo su vida personal en la esperanza, sino también la de toda la Compañía. En las Constituciones escribe que «la Compañía, que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro; es menester en Él solo poner la esperanza de que Él conserve y lleve adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas» (Cons 10:812 1).

No se trata de copiar a nadie, sino de que, al ver la acción de Dios en otras personas, nos demos cuenta de que también en nosotros es posible, si nos lo proponemos.

Los cristianos esperamos a Cristo, en su estilo de vida que, pasando por la cruz, conduce a la resurrección, y esperamos unirnos estrechamente a Él. Fue enviado a llevar la buena nueva a los pobres, la libertad a los cautivos y a proclamar el año de gracia del Señor (cf. Lc 4,18). Nos llama a participar en la misma misión y ante las enormes dificultades nos dice, como a los discípulos en medio de la tormenta: «ánimo, soy yo, no tengáis miedo» (Mc 6,50). Una labor de construcción del Reino que, a pesar de que los poderes de este mundo quieren presentar como ilusoria, demuestra ser la única que procura la verdadera vida y que a pesar del desencanto hace exclamar «Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68).

Los cristianos esperamos ser salvados. Ahora, en el momento presente esperamos que este amor de Cristo nos libere de la participación personal en el mal, de los sentimientos de culpa que brotan en todo corazón humano, y... nos sentimos perdonados; que nos libere de la tentación de pensar que el mal tiene la última palabra, que siempre resulte vencedor, y... nos mantenemos en la lucha por la justicia y el bien; que nos libere de los miedos ante la dureza de la realidad, del triunfalismo en la construcción del Reino y... nos ponemos creativamente con todo cuanto somos al servicio de los demás.

Esperamos también llegar a la plenitud de lo que somos cuando un día nos encontremos en la casa del Padre (cf. Jn 14,2). Esperamos que los momentos de felicidad que esta vida nos permite –vida eterna ya presente– se completen una vez acabe nuestra peregrinación por esta tierra. Y finalmente, ante la muerte, «donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, “la vida no termina, sino que se transforma” para siempre», como sugiere el papa Francisco (*Spes non confundit*, 20).

María, la madre de Jesús, nos muestra una manera sencilla de crecer en esta esperanza: en las bodas de Caná, a pesar de la respuesta inicial de Jesús, ella insiste porque conoce cómo es y sabe que no la decepcionará. Con esta confianza, toma la iniciativa y dice a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga». Acojamos también nosotros las palabras que Jesús nos dirige personalmente cada día. Son transformadoras.

Estos son algunos apuntes que explican las razones de nuestra esperanza (cf. 1Pe 3,15). Que, en medio de las complejas situaciones personales y los conflictos de nuestras sociedades, más que ser optimistas seamos esperanzados. Que el esperar a Dios serene nuestros corazones y nos mantenga en nuestras determinaciones y esfuerzos para hacer realidad el Reino de Dios.

Laura Rius Porta
Coordinadora del área EIDES